

La psicología comunitaria: una disciplina en busca de paradigma

Ana BARRÓN LÓPEZ DE RODA
Universidad Complutense de Madrid

En el presente trabajo, se ofrece un posible modelo teórico para la psicología comunitaria, partiendo de lo que House llamó la tercera cara de la psicología social: estructura social y personalidad. Es decir, un modelo centrado en el análisis de la relación entre los fenómenos macrosociales y las conductas individuales.

Definición intencional

Existe un cierto consenso acerca de que es difícil definir la psicología comunitaria, en parte por su extrema juventud como disciplina y en parte por el gran número de actividades que se realizan bajo su denominación.

Sin embargo, a pesar de ello, la mayoría de los autores se han atrevido a proponer sus propias definiciones (Bennett y col., 1966; Reiff, 1968; Spielberger e Iscoe, 1970; Murrell, 1973; Newbrough, 1973; Sarason, 1973; Rappaport, 1977; Mann, 1978; Zax y Specter, 1979; Bender, 1981; Bernstein y Nietzel, 1982; Bloom, 1984; Heller y col., 1984; Montero, 1987; Sánchez Vidal, 1988).

Según Sánchez Vidal (1988) y Chacón (1988), a pesar de la diversidad de las concepciones hay un notable acuerdo en caracterizar la psicología comunitaria como una disciplina centrada en el análisis de los problemas sociales, incluyendo la salud mental, aunque pretende ir más allá de la misma.

Siguiendo a Rappaport (1977), la psicología comunitaria se interesa por el bienestar de distintas subcomunidades dentro de la sociedad global. Se interesa por el cambio social, para maximizar la igualdad en la distribución de los recursos. En sentido amplio podríamos decir que la psicología comunitaria se interesa por la aplicación de la ciencia social tanto a las personas como a los ambientes.

Asimismo, la psicología comunitaria no cree en la eficacia de forma tradicional de prestar los servicios, siguiendo un *modelo de espera*. Defiende que hay que llevar los servicios a las personas (*modelo de búsqueda*) o prevenir las dificultades cambiando aquellos aspectos del sistema social que teóricamente están implicados en la etiología de las dificultades, lo que lleva a la psicología comunitaria a implicarse políticamente. De este modo encontramos entre las principales características de la psicología comunitaria las siguientes:

En primer lugar, (aunque no exclusiva de ella ni mucho menos) su crítica al modelo médico tradicional. En segundo término, su incidencia en la importancia de los factores

sociales en el desarrollo de trastornos, adoptando una perspectiva ecológica. La psicología comunitaria asume que las fuerzas y sistemas sociales juegan un papel decisivo en la determinación de la conducta humana, tanto adaptativa como desadaptativa. El origen de los problemas se encuentra frecuentemente en los sistemas sociales y en la relación que mantiene con ellos el individuo. No obstante, como señala Sánchez Vidal (1988), el entorno social no es necesariamente algo negativo, sino que es también una fuente de recursos y potencialidades.

Asimismo, en tercer lugar, la psicología comunitaria se caracteriza porque sus intervenciones se desarrollan en niveles supraindividuales. Esto no significa que la psicología comunitaria excluya las intervenciones individuales y de pequeño grupo, apropiadas para ciertos problemas, sino que subraya claramente los niveles organizacionales e institucionales o comunitarios. La psicología comunitaria persigue cambiar los sistemas sociales de forma que favorezcan el desarrollo de competencias.

Una cuarta característica importante de la psicología comunitaria es, como apuntan Martín y Osborne (1980) o más recientemente Palmonari y Zani (1990), su énfasis en la prevención primaria de los problemas individuales y colectivos, a diferencia del enfoque de ajuste, propio de la psicología clínica y de la psiquiatría. Además, como afirma el profesor Blanco (1988), la psicología comunitaria sigue mostrando especial interés por los grupos y comunidades más desfavorecidos, tradicionalmente abandonados por los servicios de salud, y que son justamente quienes mayor probabilidad tienen de que su ambiente sea constitutivamente perjudicial para ellos. Por tanto, y como quinta característica, habría que decir que el objetivo fundamental y último de la psicología comunitaria es el cambio social. Se trata de un cambio social intencional, racionalmente planificado y organizado de forma que sus efectos sean previsibles.

En sexto lugar, otro aspecto fundamental de la psicología comunitaria es la interdisciplinariedad, exigencia ya manifestada en las distintas conferencias celebradas sobre esta temática. El trabajo comunitario requiere

interdisciplinaria, ya que cuando el objetivo perseguido es convertir a los propios sujetos aquejados por un problema en protagonistas de su propio cambio, ningún trabajador social por sí solo (psicólogo, psiquiatra, asistente social, etc.) posee las herramientas necesarias para poder llevar a cabo la tarea adecuadamente (Barriga, 1984). Además, las distintas visiones y perspectivas del problema que aporta cada profesional a la hora de sugerir soluciones al mismo, pueden y deben ser complementarias. En palabras de Torregrosa (1985), el estudio de los problemas sociales exige casi siempre poner en juego una variedad de perspectivas y distintos niveles de análisis, siendo necesaria por tanto la interdisciplinaria.

Por último, la psicología comunitaria se caracteriza, en la mejor tradición lewiniana, por defender la unión indisoluble entre la teoría y la práctica. Su clara orientación aplicada e interventiva no le hace olvidar la actitud científica, la creación de conocimiento. En este sentido, su forma principal de investigación es el *action research* de Lewin.

Definición efectiva

Todo lo anterior pertenece a la definición intencional de la psicología comunitaria, por utilizar la conocida distinción de Boudon. Pero hay otro modo de contemplar el asunto: examinar los contenidos sustantivos de la disciplina, esto es, su definición efectiva, sin pretensión ni mucho menos de exhaustividad, he llevado a cabo un análisis de los índices de aproximadamente una docena de los más conocidos textos de Psicología Comunitaria. Los resultados no deben sorprender a nadie, y mucho menos a los psicólogos sociales, ya habituados a la diversidad temática de su disciplina.

Por decirlo pronto, la primera constatación obtenida es la profunda heterogeneidad de contenidos de la psicología comunitaria. Pues si casi todos coinciden en determinados tópicos (historia y concepto de la disciplina, estrategias de intervención y formación de los psicólogos comunitarios), hay luego notables diferencias entre ellos. Así, unos tratan de los conceptos básicos de la disciplina (comunidad, apoyo social, estrés, prevención, etc.), y los más de aplicaciones en distintos ámbitos: intervención en salud, intervención ambiental, educativa, judicial, intervención en adicciones, etc.

Es fácil advertir que en la anterior enumeración se citan los aspectos teóricos. Y la razón es sencilla: salvo algunas excepciones - entre las que merecen destacar el texto de Mann (1978) y el de Martin y cols. (1988)- los textos de psicología comunitaria no incluyen las perspectivas teóricas desde las que abordan sus objetivos. Hay, sí, algunas alusiones a determinadas teorías (como por ejemplo la teoría del etiquetado, atribución, etc.) pero, no existen desarrollos teóricos en cuanto tales. Dada esta precariedad, hay que resaltar las escasas aportaciones teóricas surgidas dentro de la disciplina. De todas ellas, quizás el modelo más completo hasta ahora propuesto se debe a Barbara Dohrenwend (1978).

Estructuras de análisis propuestas desde la psicología comunitaria: el modelo de Dohrenwend

Se trata, ante todo, de un modelo útil por las siguientes razones. En primer lugar, se ha construido basándose en uno de los conceptos fundamentales de la psicología comunitaria: el estrés psicosocial. En segundo término, incluye una dimensión temporal. Y por último, tiene en cuenta tanto factores personales como ambientales. Cha-

cón (1988) añade una importante ventaja más: permite unificar las distintas actividades que realizan los psicólogos comunitarios y distinguir cuáles de ellas son propias de la psicología clínica, cuáles de la salud mental comunitaria y cuáles de la psicología comunitaria.

El modelo de Dohrenwend se apoya en la relación entre estrés psicosocial y psicopatología, no considerando psicopatológica la reacción inmediata al estrés psicosocial. Describe un episodio que comienza con la ocurrencia de uno o más acontecimientos vitales estresantes y culmina en un cambio psicológico (a mejor o a peor) o una vuelta al estado inicial.

El primer paso del modelo especifica que los eventos vitales estresantes varían según el grado en que están causados por la persona o por el ambiente. El segundo paso del modelo es describir la reacción ante el estresor, que, por definición es transitoria.

Las consecuencias de esa reacción transitoria dependen de la mediación de factores situacionales y psicológicos que definen el contexto en que ocurre tal reacción. Los mediadores situacionales son condiciones del ambiente externas al individuo, siendo el apoyo social el más destacado. Entre las características psicológicas que también median el impacto del estrés encontramos las habilidades de afrontamiento, solución de problemas, etc.

El último paso del modelo indica que la reacción de estrés interactúa con los mediadores situacionales y personales en la producción de tres posibles resultados: en primer lugar, el crecimiento psicológico, en segundo término una vuelta al estado inicial, y por último, determinados síndromes psicopatológicos.

Por lo demás, el modelo incluye intervenciones en las distintas fases del proceso, para provocar resultados positivos y prevenir los negativos en aquellos sujetos expuestos a acontecimientos vitales estresantes. Entre dichas intervenciones encontramos el tratamiento de la psicopatología, (en lo que se ha centrado tradicionalmente la psicología clínica), la intervención en crisis y el entrenamiento en habilidades individuales, (propias de la salud mental comunitaria), y por último, el desarrollo de sistemas de apoyo, la educación y la acción política con grupos desfavorecidos, que pertenecen al campo de la psicología comunitaria.

Sin embargo, a pesar de ello, existe un gran acuerdo entre los propios psicólogos comunitarios acerca de que la principal tarea pendiente de la psicología comunitaria es la elaboración de un cuerpo teórico que fundamente la investigación y la práctica. Dicho cuerpo teórico, dicen, debería incluir no sólo la tradición psicológica, cuyos paradigmas han sido elaborados mayoritariamente desde la perspectiva individual, sino que debe ser lo suficientemente flexible como para tener en cuenta, junto a los factores psicológicos, las influencias extrapsicológicas (políticas, económicas, sociales, etc.) que pueden mitigar o exacerbar los problemas sociales.

Hasta el momento, la psicología comunitaria, como psicología social aplicada que es, ha tomado prestados de la psicología social algunos de sus conceptos y teorías, pero de forma sumamente desordenada, sin estructurar, sin integrarlos en marcos teóricos.

En principio, la elaboración de dicho cuerpo teórico, según los especialistas, podría realizarse de dos formas: 1. Inductivamente, desde la intervención. 2. Explicitando las ideas y supuestos teóricos subyacentes en el campo, de forma que se puedan formular una serie de hipótesis iniciales empíricamente contrastables.

¿Debemos conformarnos con esto? Parece que no. En este sentido, aventuramos una propuesta que estimamos de cierta plausibilidad.

Es sabido que a la vieja distinción entre las dos psicologías sociales, House, en su importante artículo de 1977, añadió una tercera cara: la *sociología psicológica o estructura social y personalidad*.

Como es de todos conocido, esta variante de la psicología social relaciona los fenómenos macrosociales con las conductas y atributos psicológicos individuales. Comparte con el *interaccionismo simbólico* su interés por el mundo real, pero subraya en mayor medida tanto los conceptos estructurales macrosociales como los métodos empíricos cuantitativos. A su vez, comparte con la psicología social psicológica su énfasis en los métodos cuantitativos, pero se centra más en fenómenos reales, macrosociales, utilizando, si es necesario, métodos no experimentales.

Para House (1977), esta es la psicología social que encontramos en Weber y sus investigaciones sobre la ética protestante y el espíritu del capitalismo, mostrando cómo los valores y creencias juegan un rol autónomo en la sociedad y pueden causar importantes cambios en la estructura social; también en Durkheim y su clásico estudio enlazando anomia y suicidio; en Marx, con su concepto de alienación, etc. Todos ellos relacionan fenómenos sociales con estados mentales, todos ellos pueden ser considerados ejemplos de la orientación de *estructura social y personalidad* en sociología. Simultáneamente, son autores considerados clave en el estudio de la comunidad.

La propuesta de House no ha sido aceptada por la psicología social dominante, lo que no significa que sea merecedora de olvido. Precisamente en estos últimos meses se puede advertir un cierto resurgimiento de ella, o al menos de las invitaciones a utilizarla. Gecas, en su valioso artículo *Rekindling the social imagination in Social Psychology* de 1989, reclama explícitamente la utilización de esta tercera vía de la psicología social. Pero hay más. Recientemente House y Mortimer (1990) insisten en las ventajas relativas de esta perspectiva frente a las dos restantes, y que se caracterizaría por estas dos notas:

1. En primer lugar, por estar centrada teóricamente en la relación de fenómenos macrosociales con conductas y atributos psicológicos individuales. Es clara la coincidencia en este punto con los intereses de la psicología comunitaria. De hecho, alguna de las definiciones de psicología comunitaria que se han propuesto apunta en esta dirección. Es el caso de la definición de Newbrough (1973) cuando afirma que a la psicología comunitaria le interesan las implicaciones psicológicas de las estructuras sociales.
2. En segundo término, se caracteriza por utilizar métodos cuantitativos no experimentales, (apropiados también para la psicología comunitaria), donde la naturaleza de los problemas estudiados debe primar sobre el método, que debería ajustarse a aquellos, en la línea de lo que Wicker (1989) llama *teorización sustantiva*.

La sociología psicológica, pues, intentaría especificar qué aspectos de la estratificación social tienen mayores efectos sobre las conductas de los individuos, cómo impactan proximalmente en el sujeto, y a través de qué condiciones y procesos los efectos de la estratificación social son más o menos intensos.

Entre los principales componentes de la estratificación social se encuentran el estatus socioeconómico, sexo, raza, edad, posición ocupacional, etc. La relación entre estos componentes y las conductas individuales ha quedado claramente documentada en numerosas investiga-

ciones, como muestra por ejemplo la extensa bibliografía acerca de la relación entre clase social y conductas de salud. Sin embargo, de acuerdo nuevamente con House y Mortimer (1990), es necesario comprender las condiciones o estímulos proximales a través de los cuales las posiciones estructurales afectan a los individuos.

En esta línea, Williams (1990) ha mostrado cómo determinados componentes de la clase social pueden afectar a la salud, actuando como estímulos proximales. Según este autor, la clase social puede afectar a la tendencia a enfermar de distintas formas, debido a su importancia en la determinación del lugar que va a ocupar el sujeto en distintos sectores institucionales, al proporcionarle un acceso diferencial a los recursos, al influir en sus actitudes y formas de pensar, en sus estilos de vida, en el estrés que afrontan, en los lazos sociales que desarrollan, etc.

A su vez, en el nivel de análisis inferior, hay que tener en cuenta los procesos microsociales y psicológicos que contribuyen a explicar la relación entre estructura social y conducta individual. En este punto serían decisivas las aportaciones de la cognición social, ya que los esquemas, representaciones, estereotipos, etc., pueden jugar un papel central en el proceso mediante el cual los sistemas de estratificación social son mantenidos y/o modificados.

Asimismo, no sólo se presta atención a cómo la estructura social afecta a los individuos sino también a la inversa, es decir, la influencia potencial de los individuos sobre el orden social. En este sentido, Naoi y Schooler (1990) sugieren que determinados cambios en los atributos psicológicos individuales puede provocar una mayor presión hacia el cambio social. Este aspecto es decisivo también para la psicología comunitaria, dada su orientación al cambio social. En este punto sería especialmente relevante la aportación de aquellas áreas de la psicología social interesadas en cómo el orden y la estructura social emergen de la interacción.

No obstante, aunque la relación estructura social-personalidad se considera recíproca, hay que reconocer que la mayor parte de la investigación se ha centrado en los efectos de la sociedad sobre el individuo en vez de a la inversa. Es necesario profundizar en el estudio acerca de cómo los atributos personales pueden afectar a la estructura social, aspecto especialmente importante para una disciplina como la psicología comunitaria, cuyo objetivo es el cambio social, y que trabaja de abajo a arriba, siendo uno de los roles de los psicólogos comunitarios de gran relevancia en este punto: en concreto el de dinamizados-catalizador del cambio.

En fin, a nuestro juicio, este marco teórico podría ser adecuado para la psicología comunitaria. La tarea pendiente consiste en especificar, a nivel comunitario, los índices relevantes para el bienestar de la comunidad y, posteriormente, estudiar los mecanismos proximales y mecanismos psicológicos a través de los cuales los componentes anteriores ejercen sus efectos sobre los miembros de la comunidad.

Referencias

- BARRIGA, S. (1984). La Psicología Social Comunitaria: Un reto. *Apuntes de Psicología*, 6, 6-8.
- BENDER, M.P. (1981). *Psicología de la Comunidad*. CEAC, Barcelona.
- BENNETT, C. C.; ANDERSON, L. S.; HASSOL, L.; KLEIN, D. y ROSENBLUM, G. (1966). *Community Psychology: A report of the Boston Conference on the education of psychologist for community mental health*. Boston

- University & South Shore Mental Health Center, Boston.
- BERNSTEIN, D.A. y NIETZEL, M.T. (1982). *Introducción a la Psicología Clínica*. McGraw-Hill, Mexico.
- BLANCO, A. (1988). La Psicología Comunitaria. ¿Una nueva utopía para el fin del siglo XX? En: A. MARTIN; F. CHACÓN y M. MARTINEZ. *Psicología Comunitaria*. Visor, Madrid.
- BLOOM, B.L. (1984). *Community Mental Health*. Brooks Cole, New York.
- CHACON, F. (1988). *Proyecto docente para concursar a la plaza de profesor Titular perteneciente al área Psicología Social*. Departamento de Psicología Social de la Universidad Complutense de Madrid.
- DOHRENWEND, B. S. (1978). Social stress and Community Psychology. *American Journal of Community Psychology*, 6 (1), 1-15.
- GECAS, V. (1989). Rekindling the sociological imagination in Social Psychology. *Journal for the Theory of Social Behavior*, 19 (1), 97-115.
- HELLER, K; PRICE, R. C; REINHARZ, S; RIGER, S. y WANDERSMAN, A. (1984). *Psychology and community change: Challenges of the future*. Dorsey Press, Homewood, Ill.
- HOUSE, J. S. (1977). The three faces of Social Psychology. *Sociometry*, 40 (2), 161-177.
- HOUSE, J. S. y MORTIMER, J. (1990). Social structure and the individual: Emerging themes and new directions. *Social Psychology Quarterly*, 53 (2), 71-80.
- MANN, P.A. (1978). *Community Psychology: Concepts and applications*. Free Press, New York.
- MARTIN, A; CHACON, F. y MARTINEZ, M. (1988). *Psicología Comunitaria*. Visor, Madrid.
- MARTIN, G. L. y OSBORNE, J. G. (1980). *Helping in the community Behavioral applications*. Plenum Press, New York.
- MONTERO, M. (1987). La Psicología Comunitaria: Orígenes, principios y fundamentos teóricos. En: S. BARRIGA; J. M. LEON y M. MARTINEZ. *Intervención Psicosocial*. Hora, Barcelona.
- MURREL, S. A. (1973). *Community Psychology and social system*. Behavioral Publications, New York.
- NAOI, y SCHOOLER, (1990). *Social Psychology Quarterly*, 53, 2-12.
- NEWBROUGH, J. R. (1973), Community Psychology: A new holism. *American Journal of Community Psychology*, 1, 201-211.
- PALMONARI, A. y ZANI, B. (1990). *Psicología Social de la comunidad*. Nueva visión, Buenos Aires.
- RAPPAPORT, J. (1977). *Community Psychology*. Holt, Rinehart & Winston, New York.
- REIFF, R.R. (1968). Social intervention and the problem of psychological analysis. *American Psychologist*, 25, 524-530.
- SANCHEZ, A. (1988). *Psicología Comunitaria*. Biblioteca Universitaria de Ciencias Sociales, PPU, Barcelona.
- SARASON, S. B. (1973). The evolution of Community Psychology. *American Journal of Community Psychology*, 1, 91-97.
- SPIELBERGER, C. D. e ISCOE, I. (1970). The current status of training in Community Psychology. En: I. ISCOE y C.D. SPIELBERGER. *Community Psychology: Perspectives in training and research*. Appleton-Century-Crofts, New York.
- TORREGROSA, J. R. (1985). Hacia una definición psicosociológica de los problemas sociales: El problema en las relaciones entre teoría y práctica en la Psicología Social. *Actas del Primer Congreso Nacional de Psicología Social*. Granada.
- WICKER, A. W. (1989). Substantive theorizing. *American Journal of Community Psychology*, 17 (5), 531-547.
- WILLIAMS, D. R. (1990). Socioeconomic differentials in health: A review and redirection. *Social Psychology Quarterly*, 53 (2), 81-99.
- ZAX, M. y SPECTER, G. A. (1979). *Introducción a la Psicología de la Comunidad*. Manual Moderno, Mexico.